

Capitalismo posindustrial: Transparencia, vigilancia y control social

Por Beatriz Busaniche¹
Fundación Vía Libre
www.vialibre.org.ar

“El imperativo de la transparencia hace sospechoso todo lo que no se somete a la visibilidad. En eso consiste su violencia” Byung-Chul Han “La Sociedad de la Transparencia” (2013)

Introducción

La emergencia de nuevas terminologías para designar los procesos socio-económicos actuales, tales como capitalismo cognitivo, capitalismo post-industrial, capitalismo de plataformas, capitalismo de la vigilancia o sociedad de la información, del conocimiento entre otras da cuenta de una potencial novedad en los procesos de acumulación capitalista. Sin embargo, la única constante en estas nuevas denominaciones es el capitalismo. A lo largo de este trabajo abordaremos algunas otras constantes de estos procesos y trataremos de enmarcar estas líneas históricas en tendencias que están lejos de ser novedosas y que responden más a una reformulación discursiva que a formas originales de relaciones de poder, producción y consumo. El discurso de la modernidad de este siglo XXI es profundamente conservador. Los planteos vinculados a lo supuestamente indefectible del impacto tecnológico y la reconfiguración de las relaciones de producción en este contexto no son mucho más que otro intento para tratar de dismantelar lo que queda de los sistemas regulatorios y minimizar el rol del Estado en la ‘nueva’ economía informacional mientras que las tendencias de la sociedad mediada por procesos computacionales pueden contribuir a mantener y re-legitimar las tradicionales relaciones de dominación.

La historia de la sociedad de la información

El proyecto de construcción de la denominada Sociedad de la Información lleva décadas. Desde la crisis del petróleo en la década del 70, la reconversión de la economía global avanzó por diversos carriles, todos ellos rotulados bajo diversos conceptos tales como la Sociedad de la Información, el Capitalismo post-industrial o la Sociedad del conocimiento.

Un resumen breve nos permite afirmar que la crisis de aquella década reorientó los flujos de capital, especialmente los capitales de riesgo, hacia sectores todavía no debidamente explotados por las fuerzas del capitalismo. Desde entonces, diversos temas cobraron prioridad en la agenda de

¹ © 2019 Beatriz Busaniche. Este artículo se distribuye bajo una licencia Creative Commons, Atribución, Compartir Obras Derivadas Igual <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/legalcode.es>

comercio y en la orientación de los negocios: el interés creciente por las formas de apropiación privadas de bienes intangibles bajo el paraguas de los sistemas de propiedad intelectual, el avance desregulador no sólo de los mercados financieros globales sino y fundamentalmente los procesos de privatización de las empresas de telecomunicaciones y las diversas áreas de servicios públicos junto al desmantelamiento del estado de bienestar, la liberalización de múltiples sectores, especialmente del comercio internacional y el avance paulatino pero sistemático de una nueva forma de modelo extractivista, esta vez sobre las relaciones sociales y la vida privada de las personas.

Es difícil sintetizar la diversidad y complejidad de estos procesos que se desencadenaron y profundizaron en las últimas décadas del siglo XX y que marcan la impronta fundamental de lo que ocurre en este siglo XXI. Sólo podemos afirmar con cierto nivel de certeza, que muchas de las propuestas neoliberales que se instalaron en procesos políticos de la región (con Jair Bolsonaro en Brasil y Mauricio Macri, en Argentina como principales exponentes) no tienen nada de novedoso ni mucho menos de “modernizador”.

Mientras se promueve un discurso orientado a la sociedad informacional, la economía de servicios y del valor agregado, las políticas económicas restablecen la doctrina de las ventajas comparativas y la profundización del modelo extractivista agro-exportador. En la división global del trabajo, las economías del sur siguen cumpliendo su rol histórico. Pero a este modelo se le suma ahora otra forma de extractivismo en la cual la región mantiene su papel de subordinación.

El discurso de la sociedad de la información es, fundamentalmente, un discurso de lo indefectible. Un discurso único. El ahora antiguo discurso de “El Fin de la historia” de Francis Fukuyama mantiene cierta vigencia de la mano de los supuestos consensos que dan por superados los conflictos de clase que son reemplazados por modelos tecnocráticos de gestión. La Sociedad de la información, en teoría, debería haber dado paso a la igualdad de oportunidades, al fin de los conflictos, al ‘anacronismo’ representado por los Estados Nación que aparecen como entidades inertes ante la emergencia de actores globales, capitales deslocalizados y empresas transnacionales radicadas en muchos casos en paraísos fiscales. La idea de una Internet sin territorio, libre de fronteras, sin jurisdicciones ni posibilidad de regulación alguna se impone en el imaginario de fin de siglo XX y principios del XXI.

Al mundo sin muros ni fronteras (Mattelart, 2001) se suma el credo de la empresa-red, una reconversión de la empresa transnacional que se basa más que nunca en las fronteras porosas para el capital y en la reconversión de las cadenas productivas en estructuras horizontales, transparentes, fluidas y flexibles. Aquellas empresas red de las que hablaba Manuel Castells (1995) son el primer paso de lo que hoy denominamos capitalismo de plataformas. De la deslocalización del trabajo con estructuras empresariales con capital simbólico y propiedad intelectual en sus países de origen, residencia fiscal en paraísos financieros o con notables ventajas impositivas y trabajo en países del tercer mundo con regulaciones laborales frágiles y mano de obra barata avanzamos a un nuevo modelo caracterizado por el concepto de austeridad (Srnicek, 2018).

La empresa de transportes más grande del planeta no cuenta con ningún vehículo a su nombre (Uber). La empresa de hospedajes más grande del mundo carece de edificios, hoteles o viviendas para alquilar. Ninguna de las habitaciones ofrecidas en esta plataforma pertenece a la empresa (AirBnB). Se trata de una reconversión del capital hacia la maximización total de las ganancias. El riesgo y la inversión son asumidos por los “asociados”. La productividad se basa en el descarte inmediato de todos aquellos que no se adaptan a las reglas de la eficiencia basada en el control mediado por algoritmos.

Así como en los procesos de acumulación originaria del capital se produjeron a instancias de la apropiación privada de los bienes comunes (la tierra), una segunda oleada de apropiación llegó de la

mano de los sistemas de propiedad intelectual sobre los bienes intangibles (la cultura y el conocimiento, así como el desarrollo científico técnico), somos testigos en esta década de un nuevo proceso de apropiación privada, esta vez, de la apropiación de las rentas de las economías locales e informales (pasando por servicios de delivery de comidas y otros bienes hasta servicios de cuidado doméstico, reparaciones u obras, desde alquiler temporal de lugares de descanso hasta servicios de remisería y viajes, desde compra-venta de bienes usados en mercados locales hasta servicios más especializados como docencia, traducciones, diseño, entre otros). Todo lo que quedaba en manos de las economías locales e informales puede ser reemplazado por la economía de las apps y sus nuevas dinámicas de gerenciamiento de los servicios. Y por supuesto, cualquier dividendo emergente de estas relaciones va a parar a los bolsillos de los accionistas globales.

El principio de la autorregulación tan en auge en el marco del capitalismo informacional deslegitima cualquier intento de formulación de políticas públicas, ya sea en la esfera local como nacional y regional. Así es como los municipios se debaten entre regular o no la actividad de firmas como Uber o AirBnB, las políticas culturales se cuestionan si es posible fijar pautas de cuota de pantalla o impuestos a los contenidos puestos a disposición del público en plataformas de Streaming como Netflix o Spotify y los tribunales discuten cuál es el grado de responsabilidad que le cabe a una empresa global como Yahoo, Twitter, Facebook o Google sobre lo que los usuarios hacen en sus respectivas plataformas.

Mientras tanto, estas empresas ganan terreno y se consolidan en esquemas de gran concentración de mercado que pone en jaque la capacidad de los Estados de regular la posición dominante o imponer políticas de defensa de la competencia.

El debate sobre las relaciones laborales no está ajeno a estos procesos. Algunos países han comenzado a indagar qué formas de regulación le caben a estas empresas que ofician de intermediadoras entre una necesidad y una respuesta a la misma, entre una oferta y una demanda de un servicio o producto. La empresa argentina más valiosa de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires responde con su propio nombre a esa pregunta: Mercado Libre (MELI por su nombre en la Bolsa de Valores) es la empresa de comercio electrónico más grande de la región, ella sola vale más que todo el resto del mercado de valores de Argentina junto (incluyendo empresas de energía, siderúrgicas y bancos) y es, en paralelo, una empresa altamente beneficiada con medidas de incentivo fiscal e impositivo por parte de la administración nacional. Es, a su vez, la protagonista de uno de los contrapuntos más destacados de los últimos meses sobre la sindicalización o no de los empleados de la firma que ha devenido empresa de servicios financieros por encima de los servicios informáticos que declara prestar.

El discurso de la meritocracia, la transparencia, el acceso y la igualdad de oportunidades que prometía la sociedad de la información, la creencia de una sociedad de iguales en la que el acceso a internet terminaría con las diferencias sociales y nos ayudaría a salir del espiral de la pobreza se ha probado inútil y estéril. Las formas sociales que han adoptado las redes no han hecho más que profundizar las distancias, agudizar las desigualdades, precarizar las relaciones de producción y profundizar las grietas.

El discurso de la transparencia

“Quién nada hace, nada teme... y en consecuencia no deberían tenerle ningún temor a los servicios de inteligencia” decía el dictador Augusto Pinochet en una conferencia de prensa cuyo registro en

video puede verse hoy día en la plataforma Youtube². Puesto en esa perspectiva, el discurso suena aterrador, pero alcanza conversar con cualquier persona alejada de los debates actuales para descubrir que aquella idea de que “si no tengo nada que ocultar, no me importa la vigilancia” está arraigada en la conciencia colectiva de nuestras sociedades.

El discurso de la transparencia atraviesa la vida pública como nunca antes. Desde hace tres décadas, es omnipresente en la esfera política, aparece como una demanda de la sociedad hacia los gobiernos y se ha convertido en el elemento clave de la libertad de información.

Es indudable que el discurso de la transparencia promovido por innumerables organizaciones de la sociedad civil como mandato a la política es fundamental. Desde hace décadas se construyen escalas y métricas de acceso a la información pública, rankings de percepciones de corrupción, se promueve la cultura de los datos abiertos y la apertura de cuanta información pueda ser abierta. Sin embargo, quien piensa que la transparencia sólo se refiere a temas de corrupción y acceso a la información pública ignora la envergadura de esta concepción. La transparencia es una coacción sistémica que se apodera de todo lo social, todos los procesos deben volverse transparentes para que puedan ser operacionalizados e incorporados a las nuevas dinámicas de los mercados (Han, 2013).

En paralelo a la legitimación del concepto de transparencia, observamos discursos que aplican la misma lógica que debería ser estrictamente aplicada a la cosa pública a toda la esfera social. Mientras mucho del activismo por la privacidad de las personas emerge del auge de las empresas de redes sociales, es claro que el sector privado ya tenía en agenda la problemática de la vida privada desde hace décadas. “Las restricciones en nombre de la protección de la vida privada no deben permitir que se impida el ejercicio del derecho a los negocios por medios electrónicos, tanto en el interior como en el exterior de las fronteras” (Eurobit y otros, 1995) decían a mediados de los 90’s los hombres de negocios mientras la Unión Europea intentaba establecer un mecanismo de protección de la privacidad y elevar los estándares de la protección de datos. Décadas más tarde, la capacidad del sector privado de cosechar datos personales ha crecido exponencialmente y la capacidad de los reguladores de establecer límites se ha mostrado insuficiente.

En su artículo titulado “Cómo los datos se transformarán en el petróleo del futuro” la revista británica *The Economist* expresa con claridad la importancia de los datos en la era de la información, al ponerlos en paralelo con el recurso fundamental de la era industrial. Sin embargo, los datos son diferentes al petróleo. Si bien son fundamentales para la creación de valor, su flujo no es un recurso escaso frente a la limitación de un recurso no renovable como el petróleo. Es decir, el volumen de datos no para de crecer y la clave no está en cómo se generan nuevos datos sino en contar con la capacidad de procesarlos.

La cuantificación de las sociedades sólo es viable con grandes volúmenes de datos y estos sólo son factibles en economías en las cuales es posible acceder a esos datos, extraerlos, analizarlos, manipularlos, procesarlos y realizar todo tipo de operaciones con ellos a fin de promover mejoras en términos de eficiencia y de mercado. La capacidad de procesar esos datos es lo que marca la diferencia, no su mero acceso y obtención. En esta mirada, la política pública debe dejar paso a la cuantificación y la eficiencia, postulados propios del sector privado, motor de la innovación y la competitividad.

Sin embargo, ese concepto de competitividad está hoy también en jaque. Evgeny Morozov (2013) desarrolla una posición vinculada con la problemática de la concentración y la razón por la cual se habría tornado inviable la creación de competencia efectiva a gigantes como Google y Facebook.

2 Conferencia de prensa Augusto Pinochet – Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=XEPLyvrZ2Bc>
Visitado el 1 de Septiembre de 2019.

Su caudal de datos así como su capacidad de procesarlos está muy por encima de lo que pueda desarrollar un actor nuevo en ese mercado.

Estas empresas cuentan con lo que se denomina un “gráfico social” de nuestra vida y es esa capacidad la que establece un diferencial frente a cualquier otro potencial competidor. Es ese acceso histórico a los datos, esa forma de tratarlos, esas relaciones que las empresas vienen alimentando desde hace años lo que constituye su ventaja comparativa en un entorno en el cual es difícil resolver la problemática en términos de concentración de mercados. Los mecanismos de regulación de competencia parecen insuficientes.

Grandes datos y vida privada

En su libro sobre *Big Data*, Walter Sosa Escudero (2019) navega la dificultad conceptual de definir los grandes volúmenes de datos, evita cuantificar esas magnitudes y opta por una versión flexible de una definición escurridiza: “*Big data* se refiere a la copiosa cantidad de datos producidos espontáneamente por la interacción con dispositivos interconectados”. En los últimos dos años, en todo el mundo hemos creado más datos que en toda la historia de la humanidad. No, claramente, los datos no son como el petróleo.

La pregunta que subyace inmediatamente es quién puede extraer renta de esos datos: sólo pueden hacerlo aquellos que tienen la capacidad de cosechar, procesar y convertir esos datos en elementos con valor económico.

Shoshana Zuboff (2015) asegura que la dificultad de concebir una definición de ‘*big data*’ tiene que ver con que todavía se piensa como un objeto estrictamente tecnológico. Esta académica argumenta que por encima de su carácter técnico, se trata de un componente intencional que emerge como consecuencia de la nueva lógica de acumulación de lo que denomina ‘capitalismo de vigilancia’, una nueva forma de capitalismo informacional que aspira a predecir y modificar la conducta humana para producir ganancias y control de mercados.

Las nuevas relaciones de trabajo mediadas por sistemas informáticos conllevan una doble vía. La primera, quizás más obvia e imaginada, es la sustitución de la fuerza de trabajo por la automatización. La segunda, ciertamente la fundamental, es la creación de información en forma permanente desde cada lugar/no lugar en el cual se realice una tarea mediatizada por computadoras. Allí se automatiza y se produce información de forma permanente. Aprender de esa información es la clave de las nuevas formas de productividad y acumulación.

A la fecha, la informatización salió de la esfera laboral y atraviesa la vida cotidiana en lo que podríamos denominar provisoriamente la computación ubicua o la vida social en red (Benkler, 2006): cada elemento, cada aspecto de la vida cotidiana se transforma en una nueva dimensión informacional y simbólica, cada evento, cada proceso, cada objeto, cada persona se vuelve visible, identificable, administrable y transparente. ¿Quién detenta la capacidad de ejercer esa identificación y administración de todos esos flujos de datos? ¿Quién tiene la capacidad de aprender de ellos? ¿Quién, qué, cómo se toman decisiones a partir de esos datos? Detrás de todas estas preguntas emerge una fundamental: quién capitaliza esta nueva forma de acumulación que minimiza todas las fronteras que se le presentan (la frontera de la vida privada frente a la pública, la frontera del ocio frente al trabajo, la frontera territorial, entre otras).

Grandes avances en tres áreas de las ciencias y las tecnologías de la información contribuyeron a crear este escenario de amenaza sobre la vida privada (Nissenbaum, 2011). En primer lugar, el

desarrollo en el área de bases de datos, el desarrollo en la potencia de procesamiento y la baja notable en el costo de ese procesamiento. En segundo lugar, los rápidos progresos en ingeniería de redes y telecomunicaciones, es decir, el avance masivo de las tecnologías de interconexión alámbrica e inalámbrica que implicó grandes superficies del globo conectadas y la capacidad de movilizar datos de un lado al otro del planeta. En tercer lugar, el rápido avance en el análisis de los datos, la gestión de la información, las teorías de la computación, el análisis matemático, estadístico y la inteligencia artificial en sus diferentes modalidades, pero muy especialmente en la que constituye el principal avance actual, el aprendizaje de máquinas (Machine learning).

Sólo aquellos en capacidad de dominar estas áreas, podrán protagonizar la vanguardia de la innovación.

El modelo empresarial prototípico es Google, sin lugar a dudas, pero esta empresa no es la única destacada en esta escena. No sólo aparece Facebook (con sus áreas de negocios como Instagram o Whatsapp) sino una infinidad de otras compañías menores que sustentan su negocio en los datos. Google, como muchas otras compañías propias de este tiempo, nació con la inquietud sobre cómo capitalizar sus operaciones en un ambiente basado en el acceso gratuito a servicios en Internet. Ante la duda sobre la posibilidad de cobrar por sus servicios, los directivos optaron por el modelo de negocios basado en los anuncios publicitarios. Es el modelo de negocios de Internet el que conlleva la necesidad de adquirir datos de los usuarios de forma masiva para maximizar la capacidad de influir sobre ellos con estrategias de marketing y comercialización. El desarrollo de algoritmos cada vez más eficientes para dirigir mensajes específicos en función de los datos constituye el diferencial mayor de estos procesos.

Emerge aquí un concepto clave: el extractivismo de datos. Este extractivismo denota una relación profundamente asimétrica y no siempre consensuada entre la compañía y sus usuarios, pero es el elemento básico primordial para la construcción de sistemas eficientes de capitalización en este modelo de negocios. Las ganancias dependen cada vez más de la apropiación de esos recursos generados por las operaciones automatizadas ubicuas, los recursos de vigilancia (Zuboff, 2015). La esfera social en red conceptualizada en 2006 por Yochai Benkler se convierte en el terreno fértil para la cosecha de toda esa información que se genera en los que son los mismos dispositivos que la habilitan.

Pero la lógica de acumulación no cierra su círculo sin otro procedimiento fundamental: el análisis de esos datos. Este trabajo intensivo requiere de gran capacidad para el diseño y desarrollo de métodos que permitan hacer análisis predictivo, construir patrones de vida, de actividades, de consumo, conocimiento fundamental para finalmente obtener ganancias.

La vida mediada por computadoras permite obtener datos, construir información, elaborar patrones, identificar correlaciones, realizar predicciones e inferencias y utilizar toda esa información para prever e incidir sobre las conductas de personas y grupos.

Asimetrías y control social

La sociedad de la transparencia está lejos de ser una sociedad de la equidad. Transparencia y opacidad son dos caras de la misma moneda. La recurrente demanda de transparencia al Estado que emerge de una gran cantidad de organizaciones de la sociedad civil pone de relieve la asimetría entre lo que el Estado sabe de los ciudadanos y lo que los ciudadanos saben del Estado.

La sociedad de la transparencia es, en si misma, asimétrica. Los dispositivos tecnológicos esconden relaciones de total asimetría. Mientras que las personas conectadas exponemos permanentemente cada paso, cada mirada, cada palabra, cada vínculo, las empresas resguardan sus procesos de extracción, análisis y procesamiento de datos bajo cláusulas de confidencialidad, secretos industriales y regulaciones de propiedad intelectual.

Google y Facebook saben mucho más de sus usuarios que lo que sus usuarios saben sobre las empresas, e incluso sobre si mismos. No hay ninguna forma en la cual los usuarios puedan acortar esa brecha de conocimiento. No hay manera de reducir esa asimetría. Las barreras no sólo se basan en la capacidad de procesar la información, sino en el hecho de que los millones de usuarios ni siquiera saben cómo funciona el negocio de esas compañías ni en qué basan sus modelos de rentabilidad o cómo monetizan sus servicios. Los usuarios tienen magros o nulos conocimientos incluso sobre las políticas de privacidad de los servicios que usan, aceptan los términos sin siquiera leer (en el caso de que esos términos sean efectivamente pasibles de ser leídos y no largos tratados en letra chica escritos en un lenguaje ajeno a la mayoría de la población). ¿Cómo es posible ofrecer consentimiento informado sobre nuestra información cuando carecemos de los conocimientos mínimos para entender de qué se trata esa transacción? Tal como expresa Zuboff, el capitalismo de vigilancia se regodea y sostiene en la ignorancia del público.

En definitiva, el capitalismo de vigilancia se institucionaliza en una infraestructura de comunicaciones que a su vez es considerada por la sociedad como el elemento fundamental de la participación social. El acceso a la información es considerado un Derecho Humano y las empresas de servicios, buscadores, intermediarios de todo tipo, plataformas de redes sociales, empresas de telecomunicaciones son los *gatekeepers* que habilitan nuestro acceso directo a ese derecho. Menuda tarea desarticular ese esquema de asimetrías en un entorno tan complejo.

Los sistemas diseñados por las compañías de Internet para capitalizar nuestra atención moldean una experiencia de navegación basada en darnos lo que esperamos recibir, la red se convierte en nuestra propia caja de resonancia que aleja de nuestra vista todo aquello que nos es ajeno y sobreabunda lo que nos es afín, con una consecuente consolidación de nuestros prejuicios a la vez que perdemos la capacidad de escuchar, atender y tratar de comprender al otro. La red decide que leemos, qué vemos y en consecuencia moldea cómo pensamos (Parisier, 2017).

Cada una de las grandes empresas de Internet ha diseñado sus algoritmos para explotar su capital de datos en formas diversas para optimizar nuestra experiencia. Las búsquedas de Google tienen directa relación con nuestro propio historial de navegación, nuestros clicks, nuestras preferencias y búsquedas anteriores. Facebook, por su parte, prioriza nuestros contactos e interacciones así como cada *like* que *cliqueamos* y los sitios que visitamos, hasta donde la propia firma es capaz de acompañarnos permanentemente.

Los filtros personalizados operan con un esquema basado en que conocen a la persona que hace la búsqueda, sus gustos y preferencias y le entregan los contenidos y servicios que sus algoritmos estiman que son los más apropiados. Si logran el *click* y la permanencia, la transacción se habrá probado exitosa y el algoritmo tendrá más información de esa persona para la próxima vez que inicie una búsqueda. La identidad de las personas es un elemento clave en el conjunto de datos utilizados para prestar el servicio. Pero esa identidad no es un dato estático, ya que así como la información que te proveen las plataformas está moldeada por tu identidad, también esas identidades serán moldeadas por las informaciones que reciban de forma permanente.

Así, aquella ilusión de la gran aldea global interconectada no facilita el encuentro con los otros, más bien sirve para vincularnos con personas similares o que piensan parecido a nosotros. Los horizontes que se construyen en este mundo de medios de comunicación editorializados a medida

son estrechos, cada vez más acotados y plagados de nuestros propios prejuicios autoconfirmados. Se acumulan amigos y seguidores sin experimentar el encuentro con lo distinto. “Los medios sociales representan un grado nulo de lo social” (Han, 2017).

Innovación conservadora

Además de incidir directamente en nuestro acceso a la información, los algoritmos diseñados por las grandes empresas impactan de lleno en nuestro presente y futuro. Las huellas digitales que dejamos a cada paso y se convierten en datos que alimentan las maquinarias del *big data* contribuyen a entrenar esos sistemas que atraviesan cada vez más procesos de impacto social.

¿Cómo aprenden las máquinas que toman decisiones? Los métodos de aprendizaje automático pivotean entre las ciencias de la computación y la estadística, ya que dependen de ambas disciplinas. El principal objetivo de los sistemas de *machine learning* es explotar los datos del pasado para construir modelos de futuro (Sosa Escudero, 2019).

Se trata de sistemas automatizados que se usan actualmente para construir conocimiento inferencial, construir modelos y predecir tendencias.

Un programa de cómputo puede evaluar el otorgamiento de un crédito, fijar el valor de una póliza de seguros, elegir el mejor entre cientos de curriculums para una oferta de empleos, seleccionar las inversiones más seguras y prometedoras, ofrecer avisos de búsqueda de trabajo a quienes tienen el perfil más apropiado, evaluar el ingreso a una universidad, prever el nivel estimado de reincidencia de una persona condenada por un delito, evaluar el rendimiento de un docente o un empleado de una empresa y un larguísimo etcétera.

El diferencial de estos nuevos elementos que atraviesan la vida social es que llegan bajo el velo de la eficiencia y la objetividad: se presentan como precisos y justos. El problema es que ese determinismo tecnológico oculta el hecho de que los algoritmos están programados por humanos y son entrenados con datos producidos, segmentados, definidos y sesgados por humanos.

La modelización del futuro que hacen estos sistemas se basa en información del pasado y por lo tanto construyen un futuro conservador. Por ejemplo, si una empresa abre una búsqueda laboral para un alto cargo gerencial y se establece un mecanismo algorítmico para distribuir avisos en redes sociales de empleo es muy probable que el aviso sólo sea visto por aquellos que responden a la estadística: persona de alto nivel socio-económico, blancas, con alto nivel académico, residente en determinadas zonas urbanas, con una determinada trayectoria laboral. Si ese patrón está cubierto mayormente por hombres, difícilmente una mujer que ha sido madre reciba esa oferta de empleo en su perfil de búsqueda laboral.

Algo similar ocurre con las personas residentes en barrios mayormente marginales o pobres, con personas de determinados grupos étnicos, sociales o religiosos, con personas en conflicto con la ley o con personas pertenecientes a comunidades históricamente marginadas. La evaluación estadística aplicada a casos individuales minimiza las posibilidades de una persona en relación a su propia autonomía y su futuro y condiciona la aplicación de políticas públicas que atiendan necesidades especiales como la reducción de brechas de género, brechas sociales o políticas de inserción y mejora de oportunidades. Las herramientas de decisión automatizada se convierten en los que Cathy O’Neil (2016) calificó como ‘armas de destrucción matemática’.

Yochai Benkler abordó el tema de la autonomía en un ya clásico artículo titulado “Siren Songs and Amish Children: Autonomy, Information, and Law” (2001) al analizar la indispensable necesidad de acceder a múltiples posibilidades para el desarrollo de la autonomía personal. El acceso a la

información más amplia posible es condición indispensable para el desarrollo de esa autonomía. Benkler aborda la cuestión de la ley y la autonomía en aquellas personas limitadas por su contexto y analiza especialmente el caso judicial de una familia Amish que se niega a enviar a sus hijos al colegio en su adolescencia para que no entren en contacto con la modernidad. En *Wisconsin v. Yoder*, la Suprema Corte de Justicia optó por dar la razón a la familia que impedía que sus hijos continuaran en el sistema educativo porque iban a estar expuestos a demasiada información que pondría en riesgo sus tradiciones religiosas.

En ese artículo, el académico cuestiona los modelos regulatorios que dan prioridad a la protección de sistemas de información privados y sus modelos de negocios, sin considerar las asimetrías en el acceso a la misma. Benkler propone regulaciones basadas en la evaluación de dos efectos de la información: si empodera a un grupo por encima de otro para controlar su acceso a la misma y si se reduce la diversidad de perspectivas a ser comunicadas.

Mientras fantaseamos con un mundo hiperconectado de acceso a la información y el conocimiento mediado por tecnologías asombrosas que ponen el mundo en la palma de nuestras manos, procesos silenciosos, invisibles e incuestionables segmentan lo que vemos, lo que escuchamos y lo que leemos. En un mundo modelado por patrones del pasado, quizás estemos en el lugar del joven Amish que, privado de acceso a la educación, nunca supo lo que podría llegar a ser.

Bibliografía

- Benkler, Yochai (2006) "The Wealth of Networks" Yale University Press, New Haven and London.
- Benkler, Yochai (2001) "Siren Songs and Amish Children: Autonomy, Information, and Law," 76 N.Y.U. L. Rev. 23.
- Castells, Manuel (1995), La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional, Alianza Editorial, Madrid,
- Han, Byung-Chul (2013) "La sociedad de la transparencia" Herder Editora, Barcelona.
Han, Byung-Chul (2017) "La expulsión de los distinto" Herder Editora, Barcelona.
- Mattelart, Armand (2001) "Historia de la sociedad de la información". Paidós Comunicación, Buenos Aires.
- Morozov, Eugeni (2013), "Regular la batalla por la información", en El País, 30 de septiembre, Madrid.
- Nissenbaum, Helen (2011) "Privacidad amenazada" Océano Editores, México.
- O'Neil, Cathy (2017) "Weapons of math destruction" Broadway Books, New York.
- Pariser, Eli (2017) "El filtro burbuja". Penguin Random House Editores, Barcelona.
- Sosa Escudero, Walter (2019) "Big Data" Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires.
- Srnicek, N. (2018), "Introducción, La larga recesión y Capitalismo de plataformas", en Capitalismo de plataformas (pp. 9-86). Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Zuboff, Shoshana (2015) "Big other: surveillance capitalism and the prospects of an information civilization" Journal of Information Technology (2015) 30, 75–89 JIT Palgrave Macmillan 0268-3962/15